

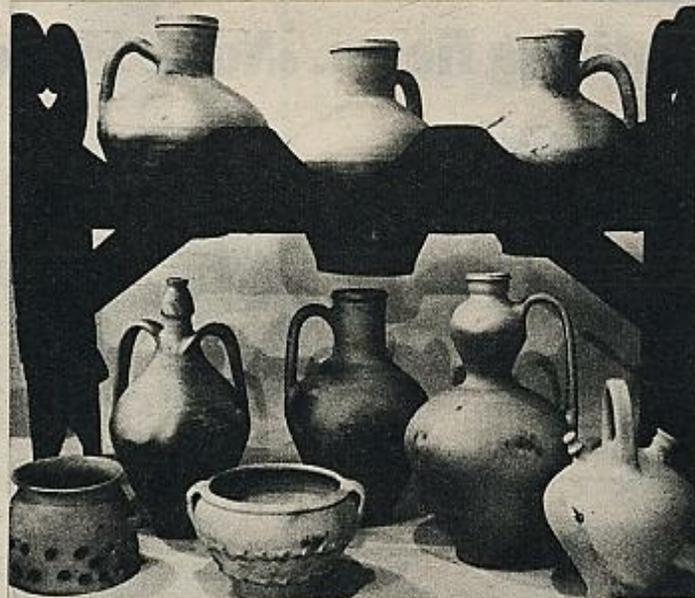
a la poesía firme y pura que Espriu dedica, sobre todo, a las actitudes. Mientras, Salvat-Papasseit es el reflejo romántico de la vida cotidiana que ve gastar a su alrededor de forma descuidada, cuando la suya ha de tratarse con esmero franciscano a riesgo de perderla en cualquier momento. Joaquín Horta y Pere Oriol lanzan, con recursos técnicos parecidos, la aguda llamada de una ética, plena de anhelos insatisfechos, que quiere perder inmovilidad para la Historia. Y, por último, tenemos la breve, directísima, tierna y primaria invitación al salto adelante de Colomines Puig. Todo esto dicho con una voz hermosa, como un instrumento naturalmente afinado, extrayéndole los recursos más nobles por la sencillez del método, espantando los efectismos de sonido trivial, con el suficiente corazón como para mover a las pequeñas masas ajenas a la historia instintiva de los barullos. Ahora, todos esos poemas están en el camino de sacudirse las malintencionadas capas de polvo que se les puso encima desde los años en que fueron escritos y que no son pocos. Al ser cantados por Ribalta, han cobrado una dimensión nueva que es más hermosa si cabe.

Es sabido que Espriu reescribe sus obras con tal minuciosidad que en ocasiones las transforma totalmente, dando vida a nuevas creaciones. Bueno, pues Xavier ha experimentado en ese sentido y reelabora «Tot l'enyor de demà» y «Home amb blues», que ya fueron editadas en el primer LP. La primera versión de esas canciones que cito, cuenta con una estructura musical basada en el conjugamiento de los sencillos sonidos de la voz del cantor, su guitarra y un contrabajo de compañía: el trío que figuraba en todos los discos editados por Moshe Naim en París. En esta ocasión, Albert Moraleda y Ribalta, seguramente tentados por la manga ancha de los «managers», han acudido a una larga lista de

instrumentistas —unos veinte entre los que se encuentran Eduardo Falá y Miquel Serrahima— empleando el nuevo material en un estadio distinto, empeñados en la busca de una particular musicalidad. Y lo consiguen. En toda la grabación están sabiamente diseminados pasajes verdaderamente felices. En general no existe una decidida rotura de ritmo, a pesar de la variedad de funciones que se han adjudicado a cada sección —incluso a cada instrumento— y a una asimetría que por momentos se vislumbra rotunda, evitando repeticiones inútiles. Estos puntos son seguramente lo más fuerte del conjunto, y si despreciamos unos inoportunos tararies rudyventuristas, la eufonía física será absoluta y no digamos nada —por otro lado— de la moral. ■ ARTURO JOSE CABAL.



Yo reconozco que algunas veces cometo injusticias al revés. Soy injusto por llevar hasta el máximo mi pretensión de ser justo... Por ejemplo, nunca quiero comentar lo que en el terreno del arte hacen los míos, los que están cerca de mí o son mis parientes... Nunca he comentado, creo, las exposiciones de tapices y



Cerámica de Moveros (Zamora).

alfombras que, con diseños de grandes artistas españoles, hace mi mujer, porque eso es cosa de mi mujer. Tampoco quise comentar la exposición de pintura que hizo mi hermano, que estaba muy bien... Y la verdad es que con eso cometo alguna injusticia. Pero no quiero pasar por lo de ahora, por esa exposición de cerámica popular realizada por mujeres que están realizando mi mujer y Conchita Leza, su compañera en esa aventura del arte popular.

Populart, de Huertas, 22. Alfarería de la Mujer. Madrid.

Esas dos —Carola, mi mujer, y Conchita Leza, juntamente con María Antonia Pelauzy en Barcelona— se han lanzado a la aventura del descubrimiento de lo que

llaman «arte popular» en sus tiendecillas de aquí y de Barcelona, y, la verdad, lo están haciendo tan bien, que va a haber que tomárselo en serio. Cuando las mujeres se ponen a trabajar, que Dios nos coja confesados a los que estamos cerca de ellas. Ahora, las «Populart» de Madrid tienen abierta una exposición que a mí me parece altamente interesante, no solamente por lo que en ella hay de investigación sobre la forma —es decir, por el arte—, sino por el interés antropológico y hasta sociológico que ella descubre. El título y el tema de la exposición es «Alfarería de la mujer»... es decir, la labor alfarera realizada aquí en España, popularmente y hasta consuetudinariamente, por mujeres. Digo eso, lo de popular y lo de consuetudinario, para que quede constancia de que no se trata de casos esporádicos o extra-

ños en los que la mujer sea la que realiza la cerámica, sino de algo que es consustancial con la costumbre de determinados lugares españoles, en donde es la mujer la que, naturalmente, hace la cerámica, de la misma manera que en mi pueblo es la mujer la que guisa el puchero todos los días... y también la que zurce los calcetines.

Hay una serie de lugares españoles en los que es la mujer y no el hombre la que realiza los cacharros alfareros. Que yo sepa, son estos lugares La Mota del Cuervo y Villarrobledo, en la Mancha; la isla de La Gomera y hasta hace poco Tenerife; Moveros y Pereruela, en la provincia de Zamora... También los «sirells» de Mallorca los hace tradicionalmente una mujer... ¿A qué extraña y arcaica costumbre o tradición obedece ese sentido del trabajo? ¿A qué extraño sentido del

matriarcado o de lo que sea? Lo cierto es que yo he ido alguna vez con mi mujer en busca de esos cacharros... En Moveros y en Pereruela, por ejemplo, la mujer es la alfarera, mientras que el hombre permanece fiel a su agricultura. De todas maneras, es el hombre el que arma el horno para cocer y el que además lo cuida y provee de los arbustos que servirán de combustible... Y es curioso: esas mujeres alfareras desconocen el torno que conocen casi todos los alfareros del mundo desde el Neolítico... Ellas tienen un tosquísimo torno de mano, al que le van dando la vuelta lentamente, según su necesidad de modelación del cacharro... Yo le pregunté si no sería mejor para ellas el torno normal, y me dijeron: «¡Ay, sí!, nos han dicho que ahora hay «una cosa» moderna, pero...». Es emocionante pensar que le llamen «moderno» a algo que se difundió ya en el Neolítico. En Villarrobledo ni siquiera tienen ese torno primario. Elaboran el cacharro sobre una especie de pizarra, y como el cacharro no da vueltas, dan vueltas ellas sobre el cacharro mientras lo modelan. En Tenerife me contaron que una vez hubo un hombre que se metió a alfarero... ¡y cómo se puso en duda su virilidad!... Lo curioso de esa alfarería de realización femenina es que no es nada femenina: es que tiene una feroz virilidad. En Pereruela realizan unos hornos muy primarios en los que, sin embargo, se asa el cordero de una manera angélica... Allí y en Moveros, los cántaros tienen una protuberancia en el cuello muy particular... Pero, curiosamente, esa protuberancia la tienen también los cántaros de La Mota del Cuervo y Villarrobledo... Sin duda, no hay posible relación entre los lugares zamoranos y los manchegos, y, sin embargo... ¿de dónde vendrá ese parentesco cultural que señala la boca de sus respectivos cántaros? ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



Tinaja, cántaros y lebrillo (La Mota del Cuervo).



Alfarería de Villarrobledo, en la Mancha.